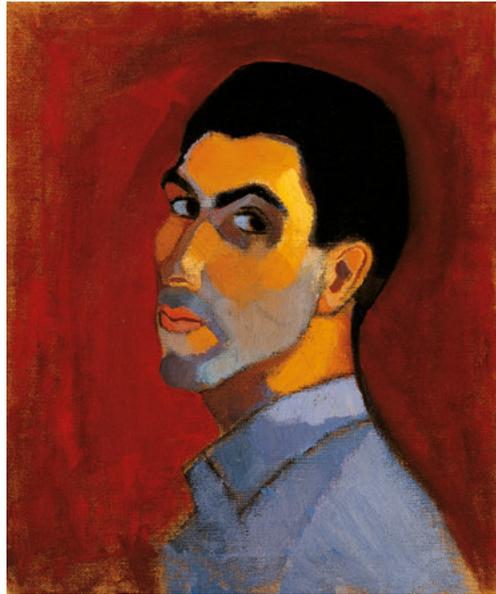
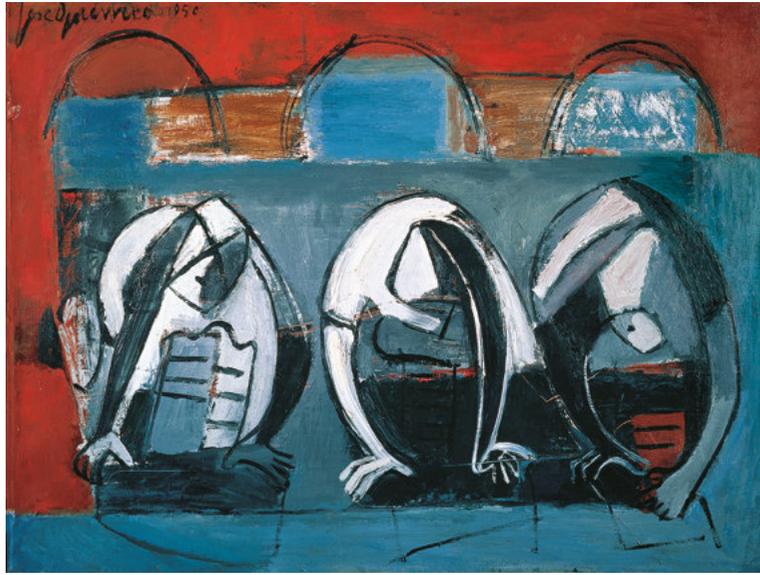


Hacía calor, se había terminado la escuela y José se fue al campo a pasar el verano con sus abuelos, a Chite. Nervioso por dejar a sus padres y a sus hermanos, Emilio, Rafael y Eduardo, le animaba pensar en cómo sería la vida en el campo y qué aventuras le esperarían en ese pueblo, con familiares a los que apenas conocía. Sabía que cultivaban naranjas deliciosas, porque sus abuelos se las traían cada año. También sabía que sus familiares de Chite eran agricultores y que tendría que ayudar. No eran ricos, sino que arrendaban un campo a las afueras del pueblo que producía justo para alimentar a la familia, y a veces ni eso. De hecho, la madre de José tuvo que irse a trabajar a Granada sola cuando tenía doce años porque sus padres, Encarnación y Agustín, no tenían suficiente para darle de comer. En Granada trabajó como empleada doméstica y cocinera en la casa grande de una familia próspera, donde conoció a su futuro esposo, Emilio. Emilio era guapetón, y era chófer de un coche de caballos, en el que la llevaba a casa de la familia donde trabajaban. Ya casado, Emilio se fue a Cuba con ellos y estuvo allí un año, que a su familia le parecieron cinco. Cuando volvió, José se sintió muy orgulloso de que su padre condujese el primer automóvil de Granada, en vez de un coche de caballos.

El pueblo de Chite, donde José fue a visitar a sus abuelos, era especial. Aunque durante el verano hace mucho calor, siempre corre el agua fría del deshielo de Sierra Nevada. Gracias a toda esa agua los árboles cítricos de Chite resplandecen de verde y el pueblo se perfuma con el olor de las flores de azahar. Luego, cuando la fruta madura, los árboles se ven con miles de naranjas brillantes, mandarinas y limones. José jamás había visto un lugar tan bonito y lo absorbió todo con los ojos y con los demás sentidos.

Cuando estaba en Granada disfrutaba jugando al fútbol con sus amigos y yendo a la escuela. Le gustaba sentirse en la seguridad de su familia y observar las vistas desde la ciudad. Pero en Chite pudo ver montañas de cerca y caminar por ellas con su abuelo. La vida en el campo era una aventura diferente cada día. Nadaba en los ríos, se subía a los árboles y escuchaba los sonidos de la naturaleza



Algunos lugares son mejores para algunas cosas, y otros para otras. Por ejemplo, París fue la mejor ciudad para el arte durante mucho tiempo, pero después de los años 50 del siglo XX, Nueva York se convirtió en el centro del arte. Sobre todo por eso José y Roxane decidieron mudarse a esa ciudad. Llegaron en barco desde Francia a Nueva York, atravesando el océano Atlántico; en esos tiempos todavía no se viajaba mucho en avión.

Cuando llegaron a Nueva York la familia de Roxane les esperaba en el muelle. José se asombró al llegar, estaba alucinado y asustado al mismo tiempo. Le hacía ilusión empezar una nueva etapa de su vida, con nuevas aventuras, y estaba asustado porque todo parecía enorme. Los edificios eran mucho más altos que los de Europa, y los coches mucho más grandes. La gente hablaba inglés, que aún estaba aprendiendo, y la vida parecía completamente diferente. Se puede decir que sintió un choque cultural.

Después de llegar, todos fueron en coche a Filadelfia, donde vivía la familia de Roxane. Su madre estaba tan emocionada de conocer a José que preparó un estudio, una habitación en el ático de su casa con bonitas vistas, para que pintara allí. Él apreció enormemente su generosidad y lo amable que era. Pero José no le cayó tan bien al padre. Como hombre de negocios, él quería que se hubiera casado su hija con alguien que tuviera una carrera con la que ganara un buen salario, no un artista de una familia de clase obrera que ni hablaba bien el inglés. Además, era muy estricto; una vez que José abrazó a Roxane durante la cena, su padre le dijo que no la tocara mientras estaban sentados a la mesa. Pasados dos meses Roxane dio a luz a Lisa, su bella hija, y se mudaron a Nueva York.